

ÍNDICE

Prólogo	9
Capítulo 1. El surgimiento de un político rioplatense	13
Capítulo 2. Rivadavia en París y Londres	43
Capítulo 3. La Feliz Experiencia: En busca de la República Utilitaria: 1821-1824	69
Capítulo 4. Los intentos por diseñar una “ciudad ilustrada”	103
Capítulo 5. Apogeo y caída. Las traumáticas relaciones de Rivadavia con Gran Bretaña	131
Capítulo 6. Los últimos años de Rivadavia	167
Epílogo	189
Bibliografía	193
Agradecimientos.....	205

Bernardino Rivadavia fue el primer presidente de la República Argentina. A partir de este hecho histórico, se habla del “sillón de Rivadavia” para referirse al asiento del poder Ejecutivo en la Casa Rosada a pesar de lo efímero que fue su mandato, ya que cumplió menos de la mitad del período establecido. Sin embargo, no fue precisamente por su contribución como presidente que se lo convirtió en prócer. Esta distinción se debió más bien al recuerdo de su gestión reformista como ministro de Gobierno de Buenos Aires, entre 1821 y 1824. Con el correr de las décadas, su nombre impregnó variados espacios de la vida cotidiana: desde cuadernos escolares hasta calles y avenidas de distintas ciudades del país, e incluso equipos de fútbol, se llaman Rivadavia.

Aclamado por la llamada historiografía liberal, que lo convirtió en una suerte de visionario por el sesgo progresista de sus reformas políticas y culturales, y denostado por los revisionistas por la tendencia excesivamente centralista y pro-porteña de sus políticas, la sanción de una polémica reforma eclesiástica, y su controvertido involucramiento en las relaciones comerciales con Gran Bretaña, que le valieron incluso el rótulo de vendepatria, es inegable que Rivadavia es una figura controvertida. La polémica entre estos dos “bandos” iniciada hacia comienzos del siglo XX se mantiene hasta hoy aunque en forma más desapasionada que en aquel entonces. En el pasado, Rivadavia inspiró también diversos ensayos biográficos de importancia, como los escritos por consagradas figuras del entorno político-literario argentino de fines del siglo XIX como Juan María Gutierrez y Andrés Lamas, o aquellos de mediados del siglo XX a cargo de historiadores como Ricardo Piccirilli y Alberto Palcos. En el último medio siglo se ha publicado una sola biografía de significación sobre su persona, a cargo de Carlos Segretti.

Pese a la declinación de su estrella, probablemente Rivadavia haya sido junto a Mariano Moreno uno de los políticos más interesantes surgidos de la Revolución de 1810, especialmente entre los que provenían

de la esfera civil y que actuaron durante el período pre rosista. Por este motivo consideramos que su vida pública justifica un nuevo estudio que intente sostener un riguroso espíritu crítico y se mantenga lo suficientemente apartado del apasionamiento excesivo y cierto maniqueísmo que caracterizaron algunos trabajos anteriores.

Conviene destacar que los apreciables avances producidos en diversas áreas de la investigación histórica argentina de los últimos treinta años, especialmente en los estudios centrados en la primera mitad del siglo XIX, permiten incorporar nuevos datos sobre el período de actuación de Rivadavia. Existe hoy una serie de nuevos aportes provenientes de esferas historiográficas tan diversas como la historia política, la cultural, la literaria y la urbanística. Algunos de esos trabajos se han centrado precisamente en los años del llamado “período rivadaviano”, deteniéndose puntualmente en el impacto producido en esas áreas por medidas aplicadas por Rivadavia.

El propósito de este libro, es presentar una biografía política de Bernardino Rivadavia. Sin embargo, además de las cuestiones estrictamente políticas, se abordan también aquí algunos otros aspectos de su actuación pública en lo cultural, lo ideológico, lo económico y lo social. Es justamente uno de los objetivos de este trabajo analizar de qué modo las diversas esferas de lo público confluyeron en el ideario político trazado por Rivadavia. Su vida privada recibe, en cambio, un tratamiento más acotado. Esto se debe, en gran medida, a los escasos documentos que existen en relación a ese tema, y que inevitablemente ha favorecido los claroscuros y los misterios en torno a su persona.

El libro se divide en seis capítulos. Podría decirse que cada uno representa una dimensión de la trayectoria de Rivadavia. El primero refiere esencialmente a la dimensión familiar y a la político-diplomática. En la parte inicial del capítulo se exploran los orígenes familiares de Rivadavia y se describe el modo en que accedió a la esfera de la alta política. La segunda parte está enteramente dedicada a relatar su traumática experiencia como agente diplomático en Europa, entre 1815 y 1820, donde fue enviado por el gobierno del Directorio para gestionar acuerdos ante los gobiernos de España, Francia y Gran Bretaña, y para analizar la posibilidad de encontrar un príncipe europeo para asumir un eventual trono rioplatense.

El capítulo 2 expone el modo en que Rivadavia se desliga del mencionado proyecto monárquico al entrar en contacto personal con dos referentes del utilitarismo europeo: Jeremy Bentham en Londres y Antoine Destutt de Tracy en París. La atracción que sentía por esta doctrina, sumado al sesgo marcadamente republicano en el pensamiento de estos dos pensadores, explica la inclinación progresiva de Rivadavia hacia tendencias políticas más liberales. Esta sección está dedicada entonces a abordar la dimensión ideológica en Rivadavia, a partir de su ingreso a círculos de la intelectualidad inglesa y francesa.

El tercer capítulo se ocupa de la dimensión política y consiste en un análisis de la gestión de Rivadavia en el gobierno de Buenos Aires liderado por Martín Rodríguez al poco tiempo de retornar de Europa. En su calidad de ministro de Gobierno, Rivadavia promovió una variedad de reformas, de indisimulable corte utilitario, en ámbitos tan diversos como la política, la esfera eclesiástica, la economía, la cultura y el ejército. Respaldados por algunos sectores de la sociedad porteña, estas reformas recibieron también fuertes críticas, especialmente desde sectores de la Iglesia y el ejército, que derivaron en un par de intentos de golpe.

La dimensión cultural aparece específicamente en el cuarto capítulo. Aquí se describen los cambios y las novedades introducidos en Buenos Aires por el gobierno de Rodríguez en la educación, por ejemplo, con la creación de la universidad; en la opinión pública, mediante el dictado de la ley de libertad de prensa; y en el área de la cultura popular a través del impulso al teatro. Se vislumbraba un claro intento por parte del denominado “Grupo Rivadaviano” de reemplazar algunas de las tradiciones hispanas heredadas del período colonial por pautas educativas y culturales de origen inglés y francés. Estas reformas darían lugar a una serie de debates, especialmente a través de los medios de prensa.

En el quinto capítulo se describe la traumática experiencia presidencial de Rivadavia y su polémica relación con Gran Bretaña; por lo tanto, esta sección se centra en buena medida en la dimensión inglesa. Se analizan los desencuentros de Rivadavia con agentes provenientes de ese país quienes, en su mayoría, no ahorraron críticas a su fallida gestión como mandatario de las reunificadas Provincias del Río de la Plata. Estas actitudes contrastaban drásticamente con los elogios que muchos

de ellos habían proferido cuando se desempeñó como ministro de Gobierno porteño pocos años antes. Las críticas referían especialmente al modo en que Rivadavia era superado por los acontecimientos ligados a la guerra con el Brasil y a las tensiones con las provincias del Interior.

Los reveses experimentados por Rivadavia durante el final de su vida, su exilio, la repatriación de sus restos a la Argentina y el fastuoso funeral organizado por el Gobierno de Buenos Aires en 1857, son los temas tratados en el sexto y último capítulo. Aparece en esta sección la dimensión del héroe histórico, puesta de manifiesto en el intento por parte de la élite dirigente porteña de presentar a Rivadavia como una suerte de antítesis de Juan Manuel de Rosas, contra el cual muchos de ellos habían luchado.

El surgimiento de un político rioplatense

Bernardino de la Trinidad González Rivadavia nació en Buenos Aires el 20 de Mayo de 1780.¹ Su padre, Bernardino Benito González Ribadavia, había arribado al Río de la Plata desde Galicia, y ejerció en Buenos Aires las profesiones de abogado y comerciante. En esta última capacidad tuvo sin duda mucho éxito, como refleja la sentencia de Tulio Halperín Donghi que lo definió como “uno de los hombres más ricos de Buenos Aires”.² También adquirió notoriedad como abogado, actuando en esa función como miembro de la Real Audiencia. La madre de Rivadavia, María Josefa de Jesús Rodríguez y Ribadeneira, de ascendencia gallega pero nacida en Buenos Aires, era prima hermana de su marido. Bernardino era el tercero de los cinco hijos de la pareja.

Es muy poco lo que se sabe de la infancia de Rivadavia, aunque de la misma sobresale un hecho que ocurrió cuando contaba con apenas cinco años de edad y que debió sin duda ser estremecedor para él que fue el fallecimiento de su madre Josefa. Tres años después de este doloroso episodio, su padre contrajo matrimonio en segundas nupcias con Ana María Otalora, hija del coronel José Antonio de Otalora, quien según los principales biógrafos de Rivadavia mantuvo muy estrecha relación con los hijos de Don Benito, sobre todo con Bernardino.³

En 1798 Rivadavia fue admitido en el prestigioso Colegio de San Carlos de Buenos Aires donde estudió filosofía y teología. A pesar de no concluir los estudios, sus dos años de experiencia en aquel colegio le brindarían la oportunidad de conocer a algunas personas clave para su vida política posterior. Tal fue el caso de uno de sus profesores, José Valentín Gómez, y de algunos de sus compañeros de aula, destacándose especialmente Manuel José García.⁴ El motivo aparente que llevó a Rivadavia a abandonar sus estudios en 1803, fue el deseo de asistir a su padre en sus negocios. Quedaba así trunco su proyecto de acceder a una de las dos altas casas de estudio del Virreinato del Río de la Plata, las

universidades de Chuquisaca y Córdoba. A esta última asistió su hermano menor, Santiago.

Durante las Invasiones Inglesas, Rivadavia se enroló en las filas del cuerpo miliciano formado por descendientes de gallegos, denominado Tercio de Voluntarios de Galicia, al poco tiempo de producirse el segundo desembarco de las tropas inglesas en junio de 1807. Según algunos registros, como el del comandante de estas milicias Pedro Antonio Cerviño, Rivadavia tuvo una activa participación en las batallas finales de la épica reconquista de Buenos Aires, especialmente en los enfrentamientos que tuvieron lugar en la Plaza Mayor y en Miserere, donde las fuerzas combinadas de españoles y criollos lograron derrotar a los ingleses en julio de 1807.⁵

Poco después, Rivadavia fue designado Alférez Real por el héroe de la reconquista, el Virrey Santiago de Liniers, quien en el pasado había establecido vínculos cercanos con la familia de Rivadavia. Este cargo era considerado como uno de los más prestigiosos en el Cabildo ya que implicaba la portación del real estandarte en eventos públicos, y contemplaba la posibilidad de sustituir al Alcalde si éste se ausentaba. Lo llamativo del nombramiento es que éste fue decretado por Liniers sin pasar por la aprobación del Cabildo de Buenos Aires. Secundado por este cuerpo, Martín de Alzaga, el acaudalado e influyente comerciante español considerado también como un héroe de las Invasiones y por aquel entonces enfrentado con Liniers, no sólo denunció la ilegalidad del decreto, sino que cuestionó en muy fuertes términos las aptitudes de Rivadavia para desempeñar el cargo:

Perjudica Su Excelencia notablemente las distinciones del cuerpo y sus recomendados privilegios para no admitir entre sus individuos personas incapaces: que en este grado se halla Don Bernardino González Rivadavia: que éste no ha salido aún del estado de hijo de familia, no tiene carrera, es notoriamente de ningunas facultades, joven sin ejercicio, sin el menor mérito, y de otras cualidades que son públicas en esta ciudad, y que hará patente el Cabildo a pesar de suponerse lo contrario.⁶

En 1809, Rivadavia contrajo matrimonio con Juana del Pino y Vera, hija de Joaquín del Pino, quien había ejercido el cargo de Virrey riopla-

tense entre los años 1801 y 1804. Con ella, a la que un memorialista catalogó de “tan arrogante como majestuosa”, Rivadavia tuvo cuatro hijos: José Joaquín nacido en 1810, Constanza en 1812, Bernardino en 1814 y Martín en 1823.⁷ En el transcurso de 1809, Rivadavia se dedicó a ejercer funciones como hombre de leyes, a pesar de no haber culminado sus estudios de abogacía. Entre otras causas judiciales, tomó a su cargo la defensa del comerciante norteamericano Guillermo Pío White, acusado y encarcelado por colaborar con los ingleses durante las invasiones a Buenos Aires.

Rivadavia y su hermano Santiago habían entablado relaciones comerciales con White un tiempo antes, y Bernardino se había comprometido en la defensa de su causa. En octubre de 1809 White fue finalmente liberado.⁸ Las actividades comerciales de White en Buenos Aires habían sido denunciadas tanto por Alzaga como por Mariano Moreno, quien por aquel entonces estaba fuertemente vinculado al grupo del comerciante español y actuaba como asesor legal de la Audiencia. Moreno a su vez había actuado como abogado en causas llevadas a cabo por algunos antiguos socios comerciales de White, al que denunciaban por defraudación. Es en buena medida por este asunto que, al igual que Alzaga, Moreno adoptaría una actitud fuertemente crítica hacia Rivadavia.⁹

Por esos años la situación de las provincias del Río de la Plata, que se habían destacado esencialmente por su estabilidad desde la creación del Virreinato en 1776, se iría tornando cada vez más tensa como consecuencia del arribo de despachos a Buenos Aires que daban cuenta de la crítica situación que atravesaba la monarquía española por los efectos de las invasiones napoleónicas en la Península ibérica. Este cuadro fue empeorando aún más y puso en una situación delicada a quien sería el último virrey rioplatense, Baltasar Hidalgo de Cisneros, especialmente cuando, en mayo de 1810, llegaron noticias que anunciaban la caída de la Junta de Sevilla. La novedad precipitó la decisión de las autoridades locales de convocar un Cabildo Abierto para que criollos y españoles pudieran deliberar y tomar decisiones acerca de los pasos a seguir.

Rivadavia participó del Cabildo Abierto del 22 de Mayo y, al igual que la mayoría de los criollos que tomaron parte de ese evento, votó en favor de declarar la caducidad del Virrey y la formación de un nuevo gobierno con el argumento de que, al estar el trono de esta última usur-

pado por una nación foránea, la soberanía de las colonias debía revertir a un gobierno formado por habitantes del lugar. Sin embargo, no integró el primer gobierno autónomo creado en el Río de la Plata. La Primera Junta se formó el 25 de Mayo, luego de que Cisneros fuera forzado a renunciar a su cargo de Virrey. De ese modo se declaraba la creación de un gobierno local mientras los franceses continuaran ocupando el poder en la Península, jurando al mismo tiempo los miembros de la Junta su fidelidad al futuro Fernando VII, hijo del depuesto rey Carlos IV. Al poco tiempo de producirse esa declaración, surgirían tensiones en el seno del nuevo gobierno como consecuencia de la emergencia de dos tendencias antagónicas: por un lado, una facción de inclinación conservadora liderada por el presidente de la Junta Cornelio Saavedra, más predispuesta a aceptar la declaración parcial de independencia, y por el otro, la liderada por el Secretario de la Junta Mariano Moreno que se inclinaba por la radicalización del proceso revolucionario. Este abogado graduado en la Universidad de Chuquisaca estaba visiblemente aferrado a ciertos lineamientos de tipo rousseauiano a tal punto que ordenaría la traducción al español de extractos del *Contrato Social* para ser publicados en *La Gazeta*, órgano oficial del nuevo gobierno autónomo.¹⁰

Algunos historiadores han sostenido que Rivadavia se volcó esencialmente a favor de la postura adoptada por los morenistas, a pesar del hecho de que estos últimos eran liderados por un hombre quien no estaba precisamente en buenos términos con él, por el *affaire* White y por su antigua vinculación con Alzaga quien, como se ha mencionado, despreciaba profundamente a Rivadavia.¹¹ Sin embargo, el supuesto apoyo de Rivadavia en favor de dicha facción parecía confirmarse a través de su confinamiento en la localidad de Salto por parte de la Junta que alegaba su “positiva oposición a nuestro sistema de gobierno” tras la abierta confrontación entre las facciones saavedristas y morenistas a comienzos de abril de 1811. Estos eventos ocurrieron poco tiempo después del trágico deceso de Moreno, cuando algunos hombres que apoyaban a Saavedra promovieron una revuelta con el fin de forzar el alejamiento de los morenistas que aún permanecían dentro del gobierno. Como consecuencia se creó una llamada Junta de Seguridad, órgano ejecutivo con funciones al servicio de la Junta creado para perseguir a los sospechados de conspirar contra el gobierno. La Junta de Seguridad fue respon-

sable de forzar al exilio a Rivadavia, declarando que había tomado esa decisión por considerarlo sospechoso de actitudes pro hispánicas debido a los contactos de su familia con Juan Michelena. Éste, oficial español casado con una de sus hermanas, había colaborado para la resistencia española en la Banda Oriental. Sin embargo, la denuncia no parecía resistir ningún fundamento.¹²

De todas maneras, la Junta de Seguridad no duraría mucho más tiempo en funciones. Poco después de recibir la noticia de la derrota del ejército patriota frente a fuerzas españolas en el Alto Perú, hacia mediados de 1811, se llevó a cabo un Cabildo Abierto en Buenos Aires.¹³ Allí se decretó la supresión de la Junta como cuerpo ejecutivo, el cual sería subsecuentemente convertido en un cuerpo legislativo denominado Junta Conservadora, formada por diputados del Interior y de Buenos Aires. Se decretó también el establecimiento de un nuevo gobierno, más tarde referido como el primer Triunvirato, que comenzaría a actuar en septiembre de ese año. Este cambio de gobierno, el primero llevado a cabo durante la tumultuosa primera década de existencia independiente en la Argentina, permitiría a Rivadavia acceder a los primeros planos del incipiente sistema político rioplatense.

La designación de los tres miembros del nuevo gobierno –Juan José Paso, Manuel de Sarratea y Feliciano Chiclana– fue el resultado de elecciones llevadas a cabo en el Cabildo. En esas mismas elecciones, Rivadavia obtuvo 360 votos, los suficientes para ser designado nuevo Secretario de Guerra del Triunvirato junto con José J. Pérez, Vicente López y, más adelante, Nicolás Herrera.¹⁴ Durante el año de existencia del primer Triunvirato, Rivadavia se transformó en uno de los miembros más activos y, a su vez, más controvertidos de este gobierno, llegando incluso a ejercer como triunviro suplente por un breve espacio de tiempo. Esta primera experiencia de gobierno fue sumamente traumática para Rivadavia, debido a las continuas complicaciones políticas que persistieron en el Río de la Plata durante todo el período.

Una de las primeras medidas del Triunvirato fue la sanción de un decreto que liberaba a algunos prominentes políticos rioplatenses apresados por el gobierno anterior, entre ellos Hipólito Vieytes, Nicolás Rodríguez Peña y Gervasio Antonio Posadas. Rivadavia firmó este decreto en su calidad de Secretario y pronto comenzaría a trascender en la elaboración de algunas otras medidas sancionadas por el gobierno.

Mientras ejerció como triunviro, se destacó especialmente una ley dictada por el gobierno en abril de 1812 que abolía el tráfico de esclavos, y también aquella que suprimía al Tribunal de la Real Audiencia reemplazándolo por una Cámara de Apelaciones, primer intento serio por promover dentro de la nueva estructura rioplatense la separación del poder judicial.¹⁵

En materia comercial, se destaca el decreto sancionado en septiembre de 1812, también firmado por Rivadavia, que liberaba considerablemente el comercio para inversores locales y foráneos, y en el cual se establecía que:

Con el objeto de dar al comercio marítimo la protección que demanda el interés general del Estado y remover los obstáculos que embarazan su progreso, ha determinado el gobierno publicar el decreto siguiente: los extranjeros pueden vender por mayor sus cargamentos, comprar los retornos y correr con las diligencias de embarco, quedando sin efecto la obligación de consignarse a un comerciante nacional, impuesto en el artículo 1 del acta del 6 de Noviembre, que se deroga en esta parte.¹⁶

Igualmente trascendental fue la ley dictada por el gobierno en octubre de 1811 que expandía los niveles de libertad de expresión, garantizando la publicación de ideas sin censura previa y castigando a su vez cualquier abuso de dicha libertad. También es de destacar la sanción decretada al mes siguiente de la llamada ley de Seguridad Individual, por la cual se aseguraba al ciudadano “la protección de su vida, de su honor, de su libertad y de sus propiedades”, al tiempo que agregaba que nadie podía ser penado sin proceso previo ni ser arrestado sin pruebas. Esta ley contemplaba además el rechazo al castigo de los presos, y dejaba en claro que sólo podía suspenderse este decreto en el “remoto y extraordinario caso de comprometerse la tranquilidad pública o la seguridad de la patria”.¹⁷ Aparentemente tanto Rivadavia como Paso fueron los principales promotores de las dos leyes citadas.¹⁸

Fueron, sin embargo, otras reformas dictadas por el mismo gobierno las que cobraron notoriedad al suscitar un perceptible grado de tensión e inestabilidad dentro de la sociedad rioplatense. El polémico Estatuto Provisional, que según diversos testimonios habría sido ideado por Ri-

ivadavia, establecía la supresión de la Junta Conservadora como cuerpo legislativo hasta que se formara una nueva Asamblea Nacional, y significó un incremento en las atribuciones de poder asignadas al Triunvirato. Halperín ha criticado sarcásticamente al Estatuto por su “extrema vaguedad”, y Marcela Ternavasio ha señalado en un trabajo más reciente que esta controvertida decisión del Triunvirato no hizo más que confirmar el poco apego que sentía este gobierno por el principio de la división de poderes, más allá de la ya citada iniciativa de crear una Cámara de Apelaciones.¹⁹

A pesar de que el gobierno intentó justificar la polémica medida, argumentando que era necesario afianzar su soberanía para afrontar de mejor modo las complejidades políticas del momento, el Estatuto Provisional profundizó los niveles de antagonismo ya existentes entre el gobierno y las facciones opositoras en Buenos Aires, y exacerbó las críticas de algunos representantes de las provincias, irritados por lo que consideraban una indisimulable tendencia del gobierno hacia el centralismo. A partir de ese momento, debido a su filiación con un gobierno que afianzaba su tendencia centralizadora, Rivadavia comenzaría a ser catalogado por sus enemigos políticos como un promotor y típico exponente del “centralismo porteño”, rótulo con el que cargaría durante el resto de su carrera política.

El foco más visible de oposición contra el Triunvirato dentro de Buenos Aires era la facción morenista, que operaba bajo el nombre de Sociedad Patriótico-Literaria –según Halperín Donghi, una excelente imitación de un club revolucionario francés–, formada a comienzos de 1812 por varios integrantes del ya extinguido Café de Marco.²⁰ Esta facción era liderada por Bernardo de Monteagudo, exiliado altoperuano que rápidamente se convertiría en uno de los más influyentes publicistas radicales en el Río de la Plata durante la primera mitad de la década que siguió a la independencia. Monteagudo editaba el diario *La Gazeta* en su versión de los días viernes, mientras que Vicente Pazos Silva lo hacía los días martes. Al subir el tenor de las críticas contra el Triunvirato en *La Gazeta* editada por Monteagudo, Pazos Silva procedió a crear un nuevo diario llamado *El Censor*, de tono más moderado y más bien favorable al gobierno.²¹ La Sociedad Patriótico-Literaria se volvió cada vez más crítica de la falta de iniciativa y resolución del Triunvirato para establecer un estado definitivamente independiente de

España, y de su ambivalencia con respecto a la situación en la Banda Oriental. La incapacidad del gobierno para lidiar con el complejo contexto político en esa región era evidente. La exitosa resistencia de las fuerzas españolas en Montevideo, y la gradual penetración de tropas portuguesas desde el norte en la Banda Oriental, sumado a la creciente popularidad del caudillo uruguayo Gervasio de Artigas –quien ya se había distanciado de las autoridades rioplatenses–, sobrepasó ampliamente la capacidad de control del Triunvirato sobre la región.

Otra fuente de problemas para el gobierno se radicó en la esfera militar. Durante el mes de diciembre de 1811, algunos integrantes del regimiento de Patricios, una de las divisiones más populares de las milicias urbanas creadas durante las Invasiones Inglesas, impulsaron una rebelión contra Manuel Belgrano, el nuevo comandante designado por el Triunvirato, por oponerse al rígido régimen disciplinario que éste quería imponer. El llamado “motín de las trenzas” motivó la reacción del gobierno, que procedió a apresar y enjuiciar a algunos de los responsables del levantamiento.

Nuevos inconvenientes surgirían en el seno del Triunvirato a comienzos de 1812 con motivo de la convocatoria de una Asamblea General para elegir a un nuevo triunviro. Según lo establecido en una confusa reglamentación, cada seis meses debía llevarse a cabo la elección de un nuevo triunviro para reemplazar a uno saliente. Este procedimiento debía realizarse a través de un sistema de votación igualmente confuso dentro de la mencionada asamblea, cuya única función era la de llevar a cabo ese fin.²² Tras una serie de enredos que generaron un serio enfrentamiento entre Chiclana y Paso, este último terminó saliendo del gobierno en abril de ese año para ser reemplazado por Juan Martín de Pueyrredón, otro renombrado héroe de las Invasiones Inglesas y en ese momento comandante del Ejército del Norte. A su vez, Belgrano fue nombrado sucesor de Pueyrredón en el Ejército del Norte. Fue a raíz de estas circunstancias que Rivadavia terminaría actuando en calidad de triunviro suplente durante un breve lapso de tiempo, hasta que Pueyrredón retornara a Buenos Aires.

Al presionar los asambleístas para que se les permitiera proseguir sus reuniones en el marco de la asamblea provisoria, el Triunvirato optó por disolver la asamblea. Procedió también a suspender el Cabildo, por considerar que éste había sido responsable de instigar a los asam-

bleístas para que siguieran actuando como cuerpo legislativo. El Cabildo fue reconvenido a los pocos días, pero el clima hostil al gobierno por parte de sectores opositores se iría intensificando. Un ejemplo de esto eran las críticas despiadadas dirigidas por Monteagudo al Triunvirato por considerar que sus actitudes eran cada vez más “absolutistas”. Al mismo tiempo, seguía en arduas disputas mediáticas con Pazos Silva. El tenor cada vez más elevado del enfrentamiento protagonizado por estos dos publicistas motivó la decisión del entonces Secretario del Triunvirato, Herrera, de suprimir tanto a *La Gazeta* como a *El Censor* –decreto que según Piccirilli no contó con la firma de Rivadavia–, decisión que suponía una contradicción flagrante con la ley de libertad de expresión promovida por el mismo gobierno.²³

A principios de abril el gobierno designó a Herrera y a Rivadavia como editores de un nuevo diario oficial llamado *La Gazeta Ministerial*, hecho que impulsó a Monteagudo a editar un par de nuevos diarios críticos del gobierno. Primero fue *Mártir o Libre* y, una vez clausurado éste también por decisión del gobierno, creó *Grito del Sud*. Más allá de que una conspiración de agentes realistas contra el Triunvirato, en julio de 1812, conocida como el “motín de Alzaga” por tener a este controvertido personaje como su principal promotor, unió por breve tiempo al gobierno y a buena parte de sus opositores, ya entonces el Triunvirato se encontraba con escasos márgenes de apoyo popular.

En los primeros meses de 1812, arribaron a Buenos Aires algunos oficiales criollos que habían luchado en el ejército español para combatir a los franceses en las guerras peninsulares. Era el caso, entre otros, de Carlos María de Alvear y José de San Martín. Al decir de Mitre, este último regresaba a su patria como “un hombre oscuro y desvalido, que no tenía más fortuna que su espada, ni más reputación que la de un valiente soldado y un buen táctico”.²⁴ Ambos eran miembros de la recién formada Logia Lautaro, una logia militar secreta integrada por oficiales sudamericanos, e inmediatamente establecieron relaciones con miembros de la Sociedad Patriótica, llegando incluso Alvear a actuar como vicepresidente de esta última. Los miembros de estos dos grupos se irían impacientando progresivamente con el Triunvirato, por considerar que la conducción del proceso de independencia llevado a cabo por éste era excesivamente timorata.

Tras recibir noticias de la derrota de las tropas realistas a manos del ejército patriota comandado por Belgrano en Tucumán, los dos grupos mencionados decidieron llevar a cabo una rebelión que terminó por provocar la disolución del gobierno, en octubre de 1812. La Sociedad Patriótica se encargó de juntar peticiones públicas y de movilizar a los principales vecinos de Buenos Aires, mientras que la Logia Lautaro se dedicó a reclutar tropas.²⁵ Fue esta conjunción de fuerzas de oposición compuestas por activistas políticos radicalizados y prestigiosos oficiales recientemente retornados de España, que contaban con el apoyo de buena parte del ejército, el factor decisivo para que este golpe político culminara de manera exitosa.

Más allá de los traspiés políticos durante su gestión como miembro del gobierno del Triunvirato, Rivadavia es considerado como uno de los principales responsables de las iniciativas impulsadas por ese gobierno en la esfera cultural. Estas incluyeron la creación de la Biblioteca Nacional, inaugurada el 16 de marzo de 1812 y cuyos primeros directores fueron los clérigos Saturnino Segurola y Cayetano Rodríguez. En junio de ese mismo año se sentaron las bases para la fundación del Museo de Historia Natural, asignatura que quedaría pendiente y que Rivadavia retomaría casi diez años después. También promovió medidas que apuntaban a darle mayor impulso al desarrollo de establecimientos de educación secundaria a través de la creación de más escuelas.²⁶

A pesar de la falta de concreción de algunas de las mencionadas iniciativas culturales y educativas del Triunvirato, el hecho de que la mayoría de ellas hayan sido impulsadas por Rivadavia, no es un dato menor si se tiene en cuenta la dimensión que adquirirían algunas de las reformas que Rivadavia promovería en la esfera cultural porteña a partir de 1821 durante su experiencia como ministro de Gobierno de Buenos Aires. Claro está que para ése entonces, a diferencia del período 1811-1812, contaría con la ventaja de haber apreciado en persona el funcionamiento y el manejo de establecimientos educativos y diversos emprendimientos culturales en países como Inglaterra y Francia.

Durante los dieciocho meses posteriores a la caída del Triunvirato, Rivadavia decidió alejarse de la escena política rioplatense. En ese lapso de tiempo se formó un segundo Triunvirato y se convocó a una asamblea constituyente, la que incluyó a representantes de todas las provincias. La asamblea se propuso establecer un nuevo cuerpo legislativo

que tuviera entre sus objetivos el dictado de una Constitución, para ir sellando así la separación definitiva del nuevo estado rioplatense de la monarquía española. A pesar de lograr significativos avances con respecto a este último punto —a través de la declaración de la soberanía popular, el reemplazo del sello real por uno patriota, la adopción de una bandera y la creación de un himno nacional—, los miembros de la llamada Asamblea del año XIII no lograron el objetivo de confeccionar una nueva constitución ni tampoco pudieron establecer las bases para construir un sistema político más estable y creíble.

La falta de resolución de la Asamblea del año XIII ha sido frecuentemente atribuida al complejo contexto regional e internacional que se acentuaba cada vez más. La situación en la Banda Oriental estaba lejos de ser resuelta y, sumado a esto, la noticia acerca de la liberación española y del inminente ascenso de Fernando VII al trono de aquel país, no hizo más que elevar la sensación de ansiedad e incertidumbre en el Río de la Plata. Las perspectivas de poder establecer un itinerario político más dinámico e independiente eran vistas con cada vez más escepticismo en los círculos frecuentados por la élite política criolla. Asimismo, el hecho de que el rol de Gran Bretaña hubiera sido tan instrumental en provocar la derrota de los ejércitos franceses en las guerras peninsulares, dejaba poco margen de esperanza sobre la voluntad de ese país en reconocer a las Provincias Unidas del Río de la Plata como nación soberana. Este se había transformado en uno de los objetivos primordiales de la política exterior rioplatense desde la creación de la primera Junta.

Fue precisamente esa urgente necesidad por atraer la atención de Gran Bretaña, pese a su sólida alianza con España, lo que motivó al segundo Triunvirato a enviar a Manuel de Sarratea como agente diplomático a Inglaterra y Francia. Hacia fines de 1813 este gobierno sería reemplazado por el Directorio, el cual decidió reforzar la empresa diplomática enviando también a Rivadavia y Manuel Belgrano hacia Europa en calidad de agentes.

LA AVENTURA DIPLOMÁTICA EN EUROPA

Desde 1810 los gobiernos del Río de la Plata buscaron por la vía diplomática un acercamiento a Gran Bretaña para lograr el apoyo de este país

a su independencia. Para este fin se había decidido enviar a Mariano Moreno a Londres, quien falleció en la travesía. Tras su muerte, Manuel, su hermano, quedó al frente de esa misión diplomática, siendo relevado por Sarratea poco tiempo después. Estos diplomáticos tenían que intentar conseguir que el gobierno británico le suministrara armas al gobierno rioplatense para poder afrontar las guerras con España, y también llevar a cabo gestiones con el fin de procurar una formal apertura del comercio con aquel país. Sin embargo, dada la fuerte alianza que habían sellado Gran Bretaña y España con motivo de las guerras peninsulares contra Napoleón, el mencionado objetivo tenía muy escasas posibilidades de ser alcanzado.²⁷

Belgrano y Rivadavia, a su vez, fueron comisionados por Gervasio Posadas, el primer Director Supremo de las Provincias Unidas del Río de la Plata, hacia fines de 1814. Belgrano, una de las principales figuras de la esfera política y militar rioplatense, residió un año en Europa, mucho menos tiempo que Rivadavia quien permaneció durante casi seis años.²⁸ El principal objetivo de esta misión consistía en obtener la aceptación formal por parte de España y de otras naciones europeas, especialmente Gran Bretaña y Francia, de la autonomía declarada por las provincias del Río de la Plata. No menos importante entre sus objetivos, era ganar tiempo por medio de estas negociaciones diplomáticas para retrasar la decisión de la monarquía española de enviar una flota con el propósito de recapturar sus colonias en Sudamérica, rumor que tenía en vilo a los gobernantes de los nuevos estados en la región.

El más conspicuo instigador de este proyecto era el General Alvear, sobrino de Posadas, quien como se ha visto había adquirido una significativa cuota de popularidad desde su regreso al Río de la Plata especialmente debido a su hábil accionar dentro de la Logia Lautaro y la Sociedad Patriótica. Su talento militar –puesto de manifiesto durante las guerras de independencia y confirmado más adelante, a mediados de la década de 1820, cuando estalló la guerra con el Imperio del Brasil–, sin duda había contribuido a encumbrar su reputación. Alvear fue designado Director Supremo en 1815 y, al igual que sus predecesores en el gobierno, muy pronto se encontró desbordado por las tensiones políticas que aún aquejaban a la región, y que en buena parte eran consecuencia de las persistentes quejas de algunas provincias del Interior respecto de las tendencias centralistas de la mayoría de los gobiernos

rioplatenses con sede en Buenos Aires. Por si fuera poco, también tenía que confrontar la permanente amenaza de una invasión a la Banda Oriental por parte de tropas del Imperio portugués, obstinado en conquistar esa región.

La preocupación de Alvear se pondría dramáticamente de manifiesto cuando decidió enviar a Manuel García en misión diplomática a Río de Janeiro, para que estableciera contactos secretos con agentes británicos destacados ante la corte portuguesa en esa ciudad. Su ilusión era que esta gestión sirviera para obtener la decidida asistencia de aquel país y así poder aliviar la caótica situación en el Río de la Plata. Más allá de que esta controvertida gestión no llegó a nada, ciertos pasajes de la carta enviada por Alvear a las autoridades británicas en Río revelan el grado de desesperación y desorientación, que lo aquejaba:

Estas provincias [del Río de la Plata] desean pertenecer a la Gran Bretaña, obedecer su gobierno y vivir bajo su influjo poderoso. Ellas se abandonan sin condición alguna a la generosidad y buena fe del pueblo inglés, y yo estoy resuelto a sostener tan justa solicitud para librarla de los males que la afligen.²⁹

La llegada de García a Río de Janeiro se produjo a principios de marzo y coincidió con la presencia en esa ciudad de Belgrano y Rivadavia, que se encontraban allí desde diciembre de 1814 como escala previa a su viaje a Europa, hacia donde zarparían en enero de 1815. La escala en la ciudad que hacía seis años se había transformado en la residencia de la familia imperial portuguesa, era oportuna para los agentes diplomáticos rioplatenses, ya que aprovecharían para poner al tanto al ministro británico allí destacado, Lord Strangford, acerca de los detalles relacionados con su misión en Europa. Ni bien llegó a Río, García se puso en contacto con Belgrano y con su antiguo compañero de colegio, Rivadavia. Aparentemente este último le aconsejó que se entrevistara con los agentes británicos para explorar su predisposición hacia el Directorio. Tras mantener una entrevista con Strangford, García decidió finalmente no entregarle la controvertida carta de Alvear por considerar que no estaban dadas las condiciones para contar con un eventual apoyo británico en esas circunstancias. Le entregó el pliego con carta a Rivadavia, quien a su vez lo mantendría en su poder sin abrir durante varios

años.³⁰ Ante el posterior reclamo de Sarratea por recibir mayores precisiones sobre su misión en Río, García dio su versión acerca del delicado asunto:

Después de haber hecho mis diligencias preliminares y cuando había venido a ser cosa insignificante que se entregara o no tal pliego, y que fuese por Rivadavia o por cualquier otro; tomé a éste por mi confidente, haciéndolo sentir la preferencia sobre su compañero (Belgrano), y con muchísimo misterio le entregué el pliego consabido, el cual, solo en el último lance debería ser manifestado al ministerio británico. Con lo cual salí de una de mis mayores dificultades que era ocultar el verdadero objeto de mi venida. El pliego no podía perjudicar a nadie, pues en el país no se tenía por traición cualquier sacrificio a favor de los ingleses, y aún la completa sumisión en la alternativa de pertenecer a España. Tampoco era un secreto, pues lo sabían muchos, y era uno de los objetos ostensibles de mi venida entre los consejeros íntimos, y últimamente cualesquiera que fuesen las debilidades de Rivadavia, nunca debí creer que cometiese una felonía durante la prepotencia de Alvear, a lo menos, y efectivamente no me engañé como usted mismo lo confiesa.³¹

Un asunto que generaba honda preocupación en Belgrano y Rivadavia era la persistencia del rumor acerca del cual se fueron interiorizando aún más durante su escala en Río de Janeiro, sobre una inminente expedición militar española a Sudamérica al mando del General Pablo Morillo. Su objetivo era el de recuperar para la corona española al menos una porción considerable de las colonias en el continente americano. Los rumores hacían mención del casi inevitable destino rioplatense de dicha expedición, lo que angustiaba aún más el ánimo del gobierno de Buenos Aires. La expedición efectivamente zarpó de Cádiz a mediados de febrero de 1815, casi al mismo tiempo que Belgrano y Rivadavia arribaban a Europa, pero se dirigió hacia Venezuela.³²

El sentido de *timing* de la misión de Belgrano y Rivadavia resultó ser desafortunado. Llegaron a Europa en medio del colapso del sistema continental impuesto por Bonaparte, que provocó su primer alejamiento del poder en Francia en 1814, y la subsecuente emergencia del